55 FA. Foll 005.379 1 122

LA ATENEA.

PIEZA EN UN ACTO:

POR D. VICENTE RODRIGUEZ DE ARELLANO,

REPRESENTADA POR LA COMPAÑÍA del Señor Eusebio Ribera.

ACTORES.

Teodosio II. Emperador.
Pulqueria, su hermana.
Atenea, Dama Griega.
Marciano, General del Imperio.
Asterio, jóven Príncipe de la sangre Real.

Magnífico jardin, rodeado de arcos de yedra y mirto, y en el foro la fachada del Palacio Imperial.

Teodosio y Marciano.

Teod. Con qué Marciano es amante?
es posible que lo crea?
Tú, que el pecho endurecistes
en las bélicas empresas,
olvidando los laureles,
que hicieron tu fama eterna,
ahora al amor rendido
no pretendes mas, no esperas
sino del frondoso mirto
coronarte la cabeza?
Marc. Si Señor; sí, gran Teodosio:
amo á la hermosa Atenea,
y hago vanidad de amarla,
é ingrato correspondiera
al cielo, que tanta parte
de su poder mostró en ella,
si yo me excusára á amarla
quando llego á conocerla.
Teod. Justa razon, que por serlo
el corazon me penetra. *ap.*
Marc. Vióse hasta ahora tan grande,
tan peregrina belleza,
ni mas amable virtud,
ni discreccion mas modesta?
La razon no es siempre norte
de quanto hace, dice ó piensa?
Teod. Basta para su alabanza
solo el voto de Pulqueria
mi hermana, tan celebrada
por su singular prudencia.
Ella descubrió este astro,
y de su Patria la Grecia
la sacó, y trajo consigo,
porque halló que digna era,

LIBRERIA DE JOSE CARLOS NAVARRO EN VALENCIA CALLE DE LA LONJA DE LA SEDA

de que estuviese á su lado
y amarla con la fineza
que la ama: voto tan grande,
claramente manifiesta,
justificando tu afecto
la perfeccion de Atenea;
pero mal á mí me pides
la posesion de su diestra,
pues sin su consentimiento,
es inutil diligencia:
le tienes?

Marc. No: mas le espero.

Teod. Te ama acaso?

Marc. En su belleza
para tener esperanza
me basta la indiferencia.

Teod. No es bastante eso, Marciano,
explícate sin reserva
con ella, de tu intencion
dale parte, y si es que aprueba:::-

Marc. Ah señor! la obra comience
por tu aprobacion, sin ella
le falta el mayor influxo
á mi esperanza alhagueña.

Teod. Ay de mí! *ap.*

Marc. Señor, lo veo:
premio tan grande supera
al corto mérito mio
y justamente te cuesta
el concederle:::-

Teod. Te engañas:
y solo para que veas
que mi reconocimiento
es de tus servicios deuda,
no pierdas el tiempo, vete,
y si logras de Atenea
el consentimiento, el mio
te asegura mi grandeza.

Marc. Gran Monarca, Señor mio,
pues de este modo me premias
yo consagraré mi vida
á tu gloria: en tu defensa
siempre armado la campaña
me verá; mi fuerte diestra
postrara tus enemigos,
dando honor á tus banderas,
y á tu dilatado Imperio
nuevos triunfos, palmas nuevas
añadirá mi valor,
porque celebrado sea
de la voladora fama
tu nombre, y las venideras
edades del gran Teodosio
eterna memoria tengan. *vase.*

Teod. De esta suerte la corona
hace felíz al que reyna?
Sí, que hacer á otros dichosos
es mi obligacion primera.
Víctima soy consagrada
al público bien: quisiera
ofrecer mi corazon
al mérito de Atenea;
pero la razon del trono
mis pensamientos reprueba.
Qué precision tan cruel!
pero aunque no la tuviera,
cómo podria oponerme
de Marciano á las ideas?
Haria infelíz á quien
mi augusto solio sustenta,
á un héroe prodigioso,
que con fatigas inmensas
añadió tanto realce
al precio de mi diadema?
No puede ser, no, Teodosio;
y si es la mayor grandeza
vencer las propias pasiones,
desde el momento comienza
á vencerte á tí, rompiendo
las poderosas cadenas,
con que Atenea.... Ay de mí!
su dulce nombre renueva
en mi memoria las gracias
que vincula en su belleza:
y la olvidaré? mas cómo?
ó qué dificil empresa!
Es demasiado inhumano
el Sacrificio: sus prendas...
pero mi deber... el cetro...
Marciano... fatal estrella!

Cie-

Cielos santos! socorredme,
que en tan dudosa pelea
quanto mas al triunfo aspiro
es ménos mi fortaleza.

Sale Pulqueria.

Por fin decidiste, hermano?
Una segura respuesta
sobre el propuesto himeneo
puede esperar tu Pulqueria?

Teod. Sí, hermana; será feliz
Marciano si es que Atenea
consiente en el dulce lazo.

Pulq. Qué dices?

Teod. Si ella lo acepta,
á tanto merecimiento
como negarla pudiera?

Pulq. El la quiere?

Teod. Y la ha pedido.

Pulq. Me causa mucha extrañeza
la noticia.

Teod. Tú la ignoras?
Pues qué union con tanta priesa
á solicitar veniste?

Pulq. La tuya: pues no recuerdas
que mirando por tu bien,
y á tus ventajas atenta,
los nombres y calidades
de las reales Princesas
á que debes aspirar
te propuso mi prudencia?
Tú indeciso, no pediste
tiempo para que eligieras?

Teod. Es verdad: mas ay que preso
en la singular belleza
de Atenea, el pensamiento *ap.*
separar no puedo de ella.

Pulq. Qué será la turbacion
que mi pecho experimenta? *ap.*

Teod. Querida hermana, si me amas,
si en mi quietud te interesas,
difiérase, si es posible,
mi enlace. ¿Por qué aceleras
mis prisiones?

Pulq. No se deben
dilatar: esas cadenas
que temes son del estado
necesarias conveniencias.

Teod. Mas parece crueldad,
y aun insufrible violencia
entregar mi corazon
sin que él mismo lo consienta.

Pulq Los Monarcas sus afectos
al público bien sujetan;
la felicidad comun
es la obligacion primera
del que en sus augustas sienes
ciñe la Real diadema,
y es el deber mas sagrado
de quantos el cetro ostenta.

Teod. Si es así lo cumpliré;
pero no esperes Pulqueria
que yo elija por mí mismo
la que ha de ser compañera
mia en el trono: hasta ahora
has dirigido discreta
y acertada mis acciones,
no se exîma de esta regla
tan importante eleccion,
la paz de su alma dexa
en tu alvedrío Teodosio,
á tu cuidado se entregan
mi trono y mi corazon,
mira como los manejas;
y pues el amor del orden
á tal precision me lleva,
quando esposa me eligieres
quiero que no te detengas
sino en buscarme un conjunto
de las virtudes mas bellas:
lo demas nada me importa:
quiera el Cielo que me entiendas. *vas.*

Pulq. Qué tienes, corazon mio?
qué te sucede, Pulqueria?
De dónde nace el tumulto
de afectos que se fermenta
en tu pecho? Deberias
alegrarte que Atenea
se uniese en propicio nudo
con Marciano, pero inquieta
suspiras? por qué? tal vez

amante... detente lengua,
que tan débiles pasiones
en mi corazon no reynan:
pero quien del pecho mio
la tranquilidad destierra?
Si acaso amor cauteloso,
temiendo mi fortaleza,
no se atrevió cara á cara
á dispararme sus flechas,
y vistiéndose traidor
la máscara lisonjera
de estimacion halló franca
de mi corazon la puerta?
Pero aunque sea la causa
de la inquietud que me cerca,
este afecto nada importa,
que á pesar de su violencia
sabrá romper sus prisiones
la constancia de Pulqueria,
y aun ocultarse á sí misma
de esta pasion la soberbia.

Sale Atenea.

Amada Señora mia,
mi consuelo, mi defensa,
mi protectora, mi amparo,
y único bien que me queda,
compadécete de mí
y en mis males me aconseja.

Pulq. Qué tienes? de dónde nace
el afan que te atormenta?

Aten. De que quieren mi alvedrío
violentar, y hacer que sea
víctima mi corazon
de un enlace que presenta
á mi espíritu agitado
infelices conseqüencias.

Pulq. De la razon te desvias,
pues si lo miras atenta,
de ser de Marciano esposa
vanidad hacer pudieras.

Aten. Yo no te hablo de Marciano,
sino de Asterio: su idea
me hizo patente diciendo
solicitaba mi diestra:
ya conoces su arrogancia
juvenil, la sangre régia
que le anima, y en fin sabes,
Señora, quanto te pueda
yo decir en esta parte;
mi corazon tituvea,
pues sé que vendrá al momento,
confiando de sus prendas,
á solicitar mi mano
de vos, Señora, y del Cesar.

Pulq. No esa inquietud te fatigue:
querida mia, sosiega:
Marciano será tu esposo,
que así Teodosio lo ordena.

Aten. Teodosio! es cierto?

Pulq. Pues dudas
de mis verdades?

Aten. El Cesar
de Marciano me hace esposa?

Pulq. No hay duda.

Aten. Fatal estrella! *ap.*
y deberé obedecerle?

Pulq. Al alvedrío no llega
su imperio, en tales asuntos
permite, mas no violenta.

Aten. Y en tal situacion, Señora,
qué quieres que yo resuelva?

Pulq. Pues á mí me lo preguntas?

Aten. A quién, Señora, pudiera
preguntarlo, sino á tí?
En ocasion tan estrecha,
no me abandones, qual siempre
amorosa, fina y tierna
dispon de mí, tu dictamen
norte de mi acierto sea.

Pulq. De la angustia, que turbado
tu semblante manifiesta,
no reconozco la causa,
ni en semejantes materias
á aconsejarte me atrevo;
tú, pues tanto te interesa
el asunto, reflexîona,
discurre, combina, piensa
y decide: los consejos
en ocasiones como estas
son peligrosos, que luego,

si el acierto no se encuentra,
nadie á sí mismo se culpa,
sino á aquel que le aconseja. *vase.*

Aten. En fin, como al sol la nieve,
y como al viento la niebla
murieron mis esperanzas
tan falsas, como alhagueñas.
No me ama Teodosio, no,
puesto que me quiere agena.
Cruel amarga verdad!
imaginacion funesta!
Pero si no me queria
(pues ahora me desprecia)
para qué la paz del alma
me robó? ¡Locas ideas!
Esta angustia que me oprime,
esta irresistible, pena
es culpa mia y no suya,
inconsiderada, necia,
en mis méritos fiada,
con presunciones soberbia.
me persuadí á que me amaba
Teodosio; mas fué quimera,
una loca fantasia,
una ilusion altanera,
que él jamas de los afectos
que yo creí me dió pruebas....
no me las dió?... claras no:
mas los ojos no son lenguas
que de los tiernos amantes
la voluntad manifiestan?
No hay duda, que son espejos
en que el alma reververa:
pues los suyos y los mios,
con mutua correspondencia,
no se explicaron bastante,
con las miradas mas tiernas,
mas dulces, mas expresivas
de fuego amoroso llenas?
Pero me engañé sin duda,
pues á Marciano me entrega.
Ay! Atenea infeliz!
sufre constante la pena
de tu engaño, llora, gime,
padece las mas acervas
aflicciones y amarguras
que á una alma amante rodean,
y aprende en tí misma, aprende,
quanto ignora, quanto yerra
la que neciamente incauta,
despojo de la apariencia,
sin mas alas que el deseo,
volar hasta el sol intenta.

Sale Asterio.

O qué bien dixo un discreto,
hermosísima Atenea,
que un fino amor las mayores
desigualdades nivela!
Dígalo yo, pues de suerte
tu perfeccion me atropella,
que mi caracter olvido
quando estoy en tu presencia.

Aten. ¡Que orgulloso! *ap.*

Ast. Si la suerte
se mostró contigo adversa,
una generosa mano
en corregirla se empeña,
y la mia sobre todas
es justo que se prefiera.

Aten. Agradezco como es justo,
Señor, tan rara fineza,
y miéntras viva....

Sale Marciano.

Señora,
prodigio de la edad nuestra,
y honor del orbe, pues tanto
en tí brilla la modestia,
no aspiro á que correspondas
á el Amor que tu belleza
en mí produce, sí solo
á que el corazon extiendas
al placer de hacer dichosa
una alma que te venera.

Ast. Supuesto que las razones
de Marciano manifiestan,
que ignora el alto himeneo
á que el cielo te reserva,
desengañen de una vez
sus esperanzas inciertas
tus lábios...

Aten.

Aten. Príncipe ilustre,
Héroe invicto, aunque quiera
disponer de mí, sabeis
que no lo he de hacer: Pulqueria
es dueño de mi alvedrio
y así excusad las finezas,
que yo no he de dar la mano
sino aquien quisiere ella. *vase.*
Ast. Con qué tú tambien Marciano
el golfo de amor navegas?
Mar. Sí, y es el norte que sigo
la hermosura de Atenea.
Ast. Si un consejo saludable
estimas, recoje velas,
que en encubiertos escollos
puede tal vez que te pierdas.
Mar. Por qué?
Ast. Porque tu ribal
soy yo.
Mar. Qué razon es esa
para que cese de amar
á quien la vida me lleva?
Ast. No sabes mi augusta sangre?
Mar. Cómo ignorarlo pudiera?
Ast. Siendo así cómo?...
Mar. Señor,
conozco la diferencia
que media entre los dos: tú,
eres de la rama excelsa
que del Oriental Imperio
el cetro en Teodosio ostenta;
yo un hombre particular
soy, no mas; pero en mi diestra
reside el mayor apoyo
del solio: mi fama llena
todo el ámbito del orbe:
gobernando las banderas
del Imperio, las victorias,
que de gentes tan diversas
he conseguido, de lauros
me coronan; mira, piensa
quien soy yo para que llegue
á temer tu competencia. *vase.*
Ast. Oye, atiende... Mas Teodosio
á este parage se acerca.

Sale Teodosio.

Señor, sabe que Marciano
me compite de Atenea....
Teod. Todo lo sé.
Ast. No seria
locura que yo cediera
tal tesoro?
Teod. Con sus voces
el corazon me penetra *ap.*
cruelmente, y no lo sabe.
Ast. No te merezco respuesta,
Señor? Si en el caso mio
te hallaras, dime, no hicieras
lo mismo?
Teod. Déxame Asterio
que sin los tuyos me cercan
cuidados mas poderosos,
á que es preciso que atienda.
Ast. Perdona, Señor, perdona,
que mi alma está tan llena
de esta pasion....
Teod. Por Dios vete.
Ast. Respóndate mi obediencia. *vase.*
Teod. ¡Todos son ribales mios!
Ah! que la causa es muy bella...
pero qué miro? hácia aquí
si no me engaño se acerca:
huir conviene... mas ay,
que me vence la violencia
del afecto! la razon
cuerdamente me aconseja
la fuga; pero qué sirve
si haciéndole resistencia,
de la razon al dictamen
el corazon no se presta?

Sale Atenea.

Qué es esto, Señor, qué es esto?
en qué la humilde Atenea
pudo ofender á Teodosio,
que tan severo le encuentra?
Pero si llega á ser tanto
lo tirano de mi estrella,
que pinta á tu voluntad
tan odiosa mi presencia,
que ni una sola mirada

te merece, accion es cuerda
que á llorar mi desventura
me retire donde....
Teod. Espera:
dónde vas?... por qué me huyes?...
Aten. Yo creia:: ay Dios!
Teod. Alienta,
no te fatigues y dime....
mas por qué con tal tristeza
te presentas á mis ojos?
qué tienes? habla, no temas.
Aten. No puedo, Señor, no puedo,
que una rigurosa pena,
hasta aquí desconocida,
corta el impulso á mi lengua;
morir padeciendo es solo
el consuelo que me queda.
Teod. Quando todos á porfia
á tu posesion anhelan,
desechando sentimientos,
júbilo mostrar debieras:
aborreces á Marciano?
Aten. No Señor, en el respetan
mis sumisiones rendidas
autoridades del Cesar.
Teod. Bien sé yo que mas mereces,
y que podrian tus prendas
del mas elevado solio
dar honor á la grandeza.
Aten. Me honrais, Señor, demasiado,
sabe la humilde Atenea
los límites que prescribe
á sus deseos su esfera.
Teod. Cada razon que produce *ap.*
es para mí aguda flecha.
Aten. La ternura con que me habla
y mira, no me da señas
de su amor? mas ay! qué digo?
Tente corazon no vuelvas *ap.*
segunda vez á engañarte.
Teod. Será posible que sientas
tu preparado himeneo?
No lo extrañaré, que es fuerza
haga á muchos desgraciados
el felíz que te posea:
qué amargos, qué dolorosos,
qué tristes dias le esperan
á quien rendido te ama,
y te ha de mirar agena.
Aten. Ya no hay que dudar: Teodosio
me ama: ya la severa
fortuna no me ha de hacer
infelíz aunque le pierda:
en lágrimas de placer
todo mi rostro se anega. *ap.*
Teod. Cómo?... qué es esto? tú
lloras?
Aten. Lágrimas son que consuelan
estas que ahora derramo.
Teod. Por qué?
Aten. Magnánimo Cesar,
porque yo soy... por qué tu eres...
Qué iba á descubrir mi lengua? *ap.*
Teod. Prosigue: quién soy? quién eres?
Aten. Yo no sé: dame licencia,
Señor, para que me ausente;
no una ilusion lisonjera,
que mis tormentos alivia
acaso se desvanezca.
Teod. Luego puedes ser felíz?
Aten. Eso consiste en la idea.
Teod. Y tú podrás sujetarla?
Aten. Nada logra el que no intenta.
Teod. Explícame tanto enigma.
Aten. No es posible que me atreva.
Teod. Qué te detiene?
Aten. Un temor.
Teod. De qué?
Aten. De no ser soberbia.
Teod. Tu virtud todo lo abona.
Aten. No me fio de mí mesma.
Teod. Tan poco puedo contigo?
Aten. Puedes tanto, que quisiera....
pero no puedo, no puedo
declararme, no te ofenda
esta cortedad que muestro,
y advertido considera,
qué será quando le oculta
á Teodosio su Atenea. *vase.*
Teod. Su Atenea?... duro acento;

qué

qué insufrible tiranía,
porque si tú fueras mia
faltára mi sentimiento!
Mas ay! que el cruel tormento
que en mí tanto imperio alcanza
no se cambiará en bonanza,
pues á conocer me ajusto
que no puede caber gusto
donde no cabe esperanza.
No he de salir de este abismo
donde tanta pena toco?
Es posible que tan poco
pueda yo sobre mí mismo?
No Teodosio: tu heroismo
nunca se ha de obscurecer,
olvidar es menester,
y hasta que olvides, sufrir,
que no puede conseguir
quien no procura vencer.
No diga la edad futura
que obscurecí mi explendor,
porque no tuve valor
de olvidar una hermosura.
Mas ay! que no me asegura
mi discurso tanta gloria:
de Atenea es la victoria,
pues mi corazon herido,
quanto mas busca su olvido
mas intenta su memoria:
pero si en que fuese esposa
de Marciano consentí,
cómo me quejo, ay de mí!
con ansia tan rigurosa?
pero ella quizá piadosa
resistirá la ocasion,
teniéndome compasion,
pues no pude, yo lo fio,
ignorar que mata el mio,
si pierdo su corazon.
Mas qué honor hace á la esfera
de mi supremo dominio
no lograr el exterminio
de una pasion pasagera?
Caduca y perecederá
es la fuerza del amor,
acabe pues su rigor:
corazon á que esperamos?
venzámonos, y venzamos
al enemigo mayor. *vase.*

Sale Atenea con un libro.

En nada encuentro reposo,
apartar de mí debiera
la memoria de Teodosio,
y á pesar de que lo ordena
la razon, mis pensamientos
resisten á la obediencia.
A los libros, á las fuentes
del saber mi alma inquieta
recurre; mas de que sirve
si ninguna atencion precia,
y rebelde á los consejos,
en cada hoja, en cada letra,
á Teodosio le retratan
sus delirantes ideas.
En qué situacion me hallo,
qué abismo es este de penas!
Amar un objeto digno,
encontrar correspondencia,
y haber de admitir el pecho
ageno dueño por fuerza,
es dolor que solo puede
conocerlo el que lo sienta.

Vuelve á salir Teodosio.

Teod. Ya de tu suerte ha llegado
la decision, Atenea.
Aten. Cómo?
se levanta sorprehendida
Teod. Cómo ya á Marciano
te ha destinado Pulqueria.
Aten. Es posible!
Teod. En el momento
le has de dar tu mano bella.

Se dexa caer sobre el asiento como penetrada de dolor.

Aten. ¡Ay de mi!
Teod. Señora mia,
qué tienes? dí, qué te altera?
posible es que no me mires?
Aten. Para qué, Señor? Conserva

la paz de tu corazon,
pues tan tranquilo te muestras.
Con ternura.
Teod. Yo tranquilo, dueño mio?
Se levanta sorprehendida.
Aten. Qué escucho! cómo tu lengua
hácia mí?...
Teod. Sí, ya lo dixe;
sin que arrepentirme pueda,
tú eres todo lo que amo;
el dueño de mis potencias,
y en fin, eres...
Aten. No prosigas;
y pues hasta aquí secreta
conservaste tu pasion,
no publicarla pretendas
tan intempestivamente;
y advertido considera,
que atropellas de ese modo
el respeto á la decencia.
Sale Marciano.
Permite, Señor Augusto,
que humilde bese la tierra
que pisas, porque mi alma
de gratitud noble llena
recompense en algun modo
la fortuna á que me elevas.
Teod. Fiero doloroso instante. *ap.*
Aten. Llegó á lo sumo mi pena. *ap.*
Marc. El mas felíz de los hombres
me hace tu piedad excelsa.
Teod. O Dios! Yo muero:
Marc. De tanto
tesoro como en las prendas
de Atenea está cifrado,
la posesion alhagueña
asegurando mi suerte,
mis esperanzas supera.
Teod. Habrá tormento mayor? *ap.*
Mar. No es posible que comprehenda
nadie el gozo que me inunda.
Teod. Basta: es justo que le tengas,
que es muy hermoso el motivo.
Yo me voy, porque mi fiera *ap.*
situacion no me permite
que disimularla pueda. *vase.*
Marc. Qué es esto? El mismo Teodosio
consiente en que esposo sea
de Atenea, lo confirma
su sabia hermana Pulqueria,
y ahora tan poca parte
en mis alegrías muestra?
Léjos de haberle debido
de placer alguna seña,
juraria que á sus ojos,
no pudiendo contenerlas,
las lágrimas se asomaban
manifestando su pena.
Aten. Ayúdame corazon
y hagamos la última prueba.
Mar. Entre confusos rezelos
el alma fluctua incierta.
Aten. Marciano, podré esperar
que una gracia me concedas?
Mar. Solo en dudarlo me agravias:
qué quieres, dí?
Aten. Que me atiendas.
Mar. Explícate, que mi alma
pendiente está de tu lengua.
Aten. Para tu tálamo eliges,
héroe ínvicto, á Atenea,
acaso no la conoces
y complicarte pudiera
este error en un engaño
de fatales conseqüencias;
mas como en mi corazon
reside como en su esfera
la candidez, y aborrece
engañosas apariencias,
cumpliendo mi obligacion
es ya preciso que sepas,
que no es mio el corazon,
cuya posesion deseas.
Marc. Ah! bien reconozco ahora
los sentimientos del Cesar!
Aten. No me interrumpas.
Marc. Prosigue.
Aten. No del solio la grandeza.
ni aspirar al sacro Cetro,
fué norte de mis ideas;

sabes que Teodosio y yo,
desde nuestra edad primera,
siempre hemos vivido juntos:
y sin que lo conocieran
nuestras inocentes almas
en dulce correspondencia
se enlazaron de tal modo
que se hizo naturaleza
en nosotros el amor
desconociendo su fuerza,
hasta que ya era un incendio,
lo que ántes calor apénas,
mas siempre con tal decoro,
con tan severa modestia,
que jamás del apetito
conocimos la violencia,
tanto que á un duro silencio
la pasion vivió sujeta;
ahora la precision
hizo que al labio salieran
de tan silencioso afecto
las represadas finezas
en lastimas convertidas
acompañadas de quejas,
que para un amor que muere
son las mas propias exêquias.
Esta es la verdad; con todo
no es tan injusta Atenea
que respetando preceptos
de Teodosio y de Pulqueria,
y conociendo lo grande
de tus heróicas prendas
no se halle pronta á entregarte
su corazon y su diestra:
yo me venceré, lo afirmo,
mas dilatese siquiera
nuestra union por algun tiempo,
en cuyos espacios pueda
mi voluntad disponerse
á admitir sin resistencia
otro dueño; esto te pido:
tú, Marciano, delivera
si es conveniente, si es justo
que esta gracia me concedas
por mí, por tí, y por tu paz,
y tambien por la del Cesar. *vase.*

Marc. Escucha, hermosa Señora....
pero es vana diligencia
querer explicarla ahora
lo que es mejor que no sepa:
ó qué torrente agradable
de afectos en mí se ostentan!
De amor, gratitud, respeto
y admiracion las ideas
dulces ocupan mi alma,
intentando á competencia
una á una estas pasiones
ser en mi pecho primeras.
El Magnánimo Teodosio
mis cortos servicios premia,
prefiriendo mis deseos
á los suyos. Atenea
por mí tambien determina
vencer su amor, y pudiera
ser yo tan vil, tan ingrato,
tan de poca fortaleza,
que á tan nobles sentimientos
mis gustos antepusiera?
Eso no, si tal cupiese
en mí yo me aborreciera
á mí mismo, y merecia
que mi fama entre las densas
sombras de un eterno olvido
sepultada pereciera,
y que el renombre adquirido
con fatigas tan inmensas
fuese (si es que á las edades
futuras se transmitiera)
padron fatal que me hiciese
odio comun de la tierra.

Sale Pulqueria. Marciano?

Marc. Señora mia,
á quien mi pecho confiesa
tan altas obligaciones
sin poder satisfacerlas,
confiando en tus bondades
hoy mi amor de nuevo intenta
que mis deseos....

Pulq. Ya todos
logrados, Marciano, quedan.

Mar-

Marc. No Señora, el mayor premio
le falta á mi conveniencia.
Pulq. El mayor premio? yo misma
no te concedí á Atenea?
Marc. Ese favor en mi alma
para siempre impreso queda.
Pulq. Pues qué es lo que solicitas?
Marc. Que la misma mano bella
que tú me distes me quites.
Pulq. No es posible que te entienda
si mas claro no te explicas.
Marc. Señora, pues tu gobiernas
tan dignamente este solio,
y en el corazon imperas
del Cesar, su augusta mano
une con la de Atenea
en dulce lazo, y dichosos
estos dos amantes sean.
Pulq. Amantes?
Marc. Lo son sin duda;
pero con tanta grandeza,
que de vencerse á sí propios
hacen alta competencia:
es preciso conocerlos
para comprehender la pena
que el láuro de esta victoria
á toda su virtud cuesta.
Ah! qué hasta los duros riscos
su estado compadeciera!
Pulq. De su amor algunas veces
formó mi juicio sospechas;
pero quién te ha revelado
á tí pasion tan secreta?
Marc. Atenea: pero ántes
me lo dixeron las lenguas
de su dolor, mudo idioma
nunca expuesto á la falencia:
su situacion es cruel,
preciso es que te enternezca;
y pues eres tan piadosa,
tú misma á las aras lleva
estos dos tiernos amantes,
y haz sus venturas eternas.
Pulq. Tú mas que los dos me admiras:
pues qué, no amas á Atenea?
Macr. La amo, mas con un amor
digno de mí, y digno de ella.
Pulq. Mas si á Teodosio la cedes,
tu corazon cómo queda?
Marc. Si yo no procedo ingrato,
si el mérito mi fe premia,
si añado al trono oriental
tan inestimable prenda;
y en fin, como desdichados
á los dos por mí no vea,
no preguntes como quedo,
pues es mi dicha completa.
Pulq. O corazon generoso!
qué justamente se emplean *ap.*
en el tuyo mis afectos!
Marc. Cómo, Señora, te cuesta
tanto la resolucion?
Pulq. Es precisa la prudencia
en tan delicado lance;
pero permite que pueda
respirar un breve rato
de la admiracion inmensa
que de emulacion tan noble
en mi pecho se fomenta.
Marc. Ya me voy; pero repara
que si acaso mis proezas,
tanta sangre derramada
con fatigas tan inmensas,
defendiendo la Corona
de las enemigas fuerzas,
me hacen digno de algun premio,
el mayor que alcanzar pueda
Marciano, será, Señora,
que á sus intentos accedas,
que yo siempre agradecido,
continuando mis tareas
marciales, toda la sangre
que circula por mis venas
sabré derramar gustoso
de este Imperio en la defensa,
hasta que en quanto discurre
del Sol la flamante hoguera,
las Aguilas Imperiales
su rápido vuelo extiendan. *vase.*
Pulq. Si quien se vence á sí mismo

con tan sublime grandeza,
no se ha de amar; quién será
el que digno de amar sea?
no es extraño que á Marciano
ames constante Pulqueria,
que quando es tal el objeto,
es virtud, y no flaqueza
él amor, corazon mio.

Sale Asterio.

Permite, ilustre Princesa,
que á tus ojos me presente
á cansarte con mis quejas;
con qué es posible que Asterio
contigo nada merezca?
De mis ardientes afectos,
en la amante competencia,
á Marciano me pospones?
mas no importa: el órbe todo
conocedor de la excelsa
sangre que en mis venas late
tu resolucion condena.

Pulq. Qué temerario y que vano!

Ast. A lo ménos, Señora, sepa
que error en esta ocasion
obscureció tu prudencia.

Pulq. Otros mayores cuidados
me excusan darte respuesta
mas clara; solo diré,
que si has de amar, tus finezas
á otro objeto las dediques,
que es imposible poseas
la que ahora solicitas
para esposa; y aunque creas
que el consejo es riguroso,
es el de mas conveniencia. *vase.*

Ast. Con qué todos en mi daño
conjurados me desprecian?
No hay justicia para mí:
mis ruegos olvida el Cesar:
Atenea en su silencio
mi desengaño me muestra;
y en fin (que es lo que mas siento),
en particular Pulqueria
me pospone: no es posible
que tolere tanta afrenta;
á la venganza me llama
el honor; y pues se acerca
Marciano, de estos jardines
la verde apacible esfera
teatro de mis alientos
y de mi venganza sea.

Retírase á un lado, y por el opuesto sale Marciano.

Marc. No habrá en el mundo mortal
mas dichoso si Pulqueria,
pesando bien mis razones,
á su eficacia se presta:
ya que tantas veces sirve
el amor de mancha fea
de los hombres, esta vez
su mayor virtud le deban.

Sale Asterio, desnudando la espada.

Desnuda el valiente acero
si es que defenderte intentas.

Marc. De quién?

Ast. De mi ardiente enojo.

Marc. Qué dices? hablas de veras?

Ast. Mide conmigo tu espada;
y esta será la respuesta
mas segura.

Marc. Por lo ménos
dime la causa que empeña
tan belicosos impulsos.

Ast. Solamente el que Atenea
sea del que mas valiente
se corone en la palestra.

Marc. Pero está su voluntad
á nuestro arbitrio sujeta?

Ast. Solo sé que está en el mio
no sufrir la competencia
de un ribal.

Marc. Sea en buen hora;
pero tu ardor no refrena
lo importuno del tiempo,
y el respeto que grangea,
la inmunidad de este sitio?

Ast. Para eludir la pelea
te vales de estos pretextos;
defiéndete, ó la violencia...

Al tiempo de acometerle sale Teodosio.

Teod. Que es lo que haces atrevido?
un sitio que mi asistencia
hace inviolable, profanas
con accion tan desatenta?
Mas de tan vil atentado
sabré imponerte la pena.

Marc. Los ímpetus del enojo,
Señor Augusto, modera,
y perdona un arrebato
de Asterio: él te respeta,
te ama, y te sirve leal,
solo el amor de Atenea
es el que mueve su furia::
disculpe causa tan bella
de su espíritu brioso
juveniles ligerezas:.
ella viene, sean iris
sus gracias de la tormenta::

Sale Pulqueria y Atenea.

Por qué, Atenea, mis pasos
sigues perezosa y lenta?
quando te guio á un esposo
digno de tus muchas prendas,
agravias mi voluntad
si el semblante no serenas.

Aten. O duro y terrible paso!

Pulq. Marciano, la recompensa
de tus ínclitas hazañas
te presento aquí: Atenea
es ya tuya.

Teod. Yo fallezco.

Marc. Pues qué, Señora, desprecias
mis acertados consejos?

Pulq. Dignos son de fama eterna;
pero á mí solo me toca
hacer tuya esta belleza,
y pues que ya eres su dueño
dispon á tu arbitrio de ella.

Marc. Con que de esa suerte puedo
yo disponer de su diestra.

Pulq. Negarte esa libertad,
seria injusta violencia.

Marc. Pues siendo así, Emperatriz
del Oriente, mias sean
de rodillas
entre todos tus vasallos
las oblaciones primeras.
bésale la mano

Aster. Qué escucho!

Aten. Yo estoy sin mí!

Teod. Qué enigma es éste Pulqueria?

Pulq. Esto es que Atenea te ama,
y que tú amas á Atenea,
que Marciano te la cede,
y que yo misma contenta
vengo en union tan dichosa.

Teod. Pero es posible que quepa
en tu corazon, Marciano,
tan heróica nobleza?

Marc. Tú me enseñaste primero,
Señor: siguiendo tus huellas
no hago mas de lo que debo;
la fortuna mas completa
para mí será el mirar
que alegre y tranquilo reynas,
y en el trono te acompaña
tan hermosa compañera,
cuyas amables virtudes,
dignas de tantas grandezas,
haran felíz al Oriente,
y mis venturas eternas.

Teod. Llega á mis brazos, amigo,
que mas envidia me dexa
le abraza
una accion tan generosa
que tus ínclitas proezas.

Aten. Los mios, héroe insigne,
sean de mi afecto pruebas,
y jamás el tiempo rompa
tan amorosa cadena.

Marc. Pues tanta gloria consigo,
ya que esperar no me queda.

Teod. En fin, que mis esperanzas
corona tu mano bella?
A Atenea.

Aten. Primero es bien que á tus plantas
mi gratitud...

Teod. No: la esfera

mas

mas propia sean mis brazos.

se abrazan.

Aten. Tanta dicha mis potencias
embarga.

Pulq. Dexad ahora
las demostraciones tiernas,
y vamos adonde el pueblo
vuestra union dichosa sepa.

Teod. Y sepa tambien la tuya.

Pulq. Qué dices?

Teod. Marciano, llega,
y pues despues de mi esposa
la cosa que mas aprecia
mi corazon en el mundo,
es mi querida Pulqueria,
yo mismo te doy su mano,
y la mando me obedezca
como Rey en esta parte.

Pulq. Demas está la obediencia
quando el corazon inclina.

Mar. El mio en tí tendrá ciertas
sus inexplicables dichas.

Ast. Yo á todos pido clemencia
de mi error, que correjido
en tan singular escuela,
yo procuraré imitaros
siguiendo las verdaderas
máxîmas de la virtud.

Todos. Y á quí fin dichoso tenga
la competencia mas noble,
y la virtuosa Atenea.

F I N.

En la Librería de Cerro, calle de Cedaceros, y en su Puesto, calle de Alcalá, se hallará ésta con la Coleccion de las nuevas á dos reales sueltas, en tomos en quadernados en pasta á veinte reales cada uno, en pergamino á diez y seis, y á la rústica á quince; y por docenas con mayor equidad.

DONDE ESTA SE HALLARÁN LAS PIEZAS siguientes.

Las Víctimas del Amor.
Federico II. tres partes.
Las tres partes de Carlos XII.
La Jacoba.
El Pueblo felíz.
La hidalguía de una Inglesa.
La Cecilia, primera y segunda parte.
El Triunfo de Tomiris.
Gustabo Adolfo, Rey de Suecia.
La Industriosa Madrileña.
El Calderero de San German.
Carlos V. sobre Dura.
De dos enemigos hace el amor dos amigos.
El premio de la Humanidad.
El Hombre convencido á la razon.
Hernan Cortés en Tabasco.
La toma de Milan.
La Justina.
Acaso, astucia y valor.
Aragon restaurado.
La Camila.
La virtud premiada.
El Severo Dictador.
La fiel Pastorcita y Tirano del Castillo.
Troya abrasada.
El Toledano Moises.
El Amor perseguido.
El natural Vizcayno.
Caprichos de amor y zelos.
El mas Heróico Español.
Luis XIV. el Grande.
Jerusalen conquistada.
Defensa de Barcelona.
Orestes en Sciro: Tragedia.
La desgraciada hermosura: Tragedia.
El Alba y el Sol.
De un acaso nacen muchos.
El Abuelo y la Nieta.
El Tirano de Lombardía.
Cómo ha de ser la amistad.
La buena Esposa, en un acto.
El Felíz encuentro.
La Viuda generosa.
Munuza: Tragedia
La Buena Madrastra.
El Buen Hijo.
Siempre triunfa la inocencia.
Alexandro en Scútaro.
Christobal Colon.
La Judit Castellana.
La razon todo lo vence.
El Buen Labrador.
El Fenix de los criados.
El Inocente usurpador.
Doña María Pacheco: Tragedia.
Buen amante y buen amigo.
Acmet el Magnánimo.
El Zeloso Don Lesmes.
La Esclava del Negro Ponto.
Olimpia y Nicandro.
El Embustero engañado.
El Naufragio felíz.
El Atolondrado.
El Jóven Pedro de Guzman.
Marco Antonio y Cleopatra.
La Buena Criada.
Doña Berenguela.
Para averiguar verdades el tiempo el mejor testigo.

Ino

Ino y Temisto.
La Constancia Española.
María Teresa de Austria en Landaw.
Soliman Segundo.
La Escocesa en Lambrun.
Perico el de los Palotes.
Medea Cruel.
El Idomeneo.
El Matrimonio por razon de estado.
Doña Ines de Castro : Diálogo.
El Tirano de Ormuz.
El Casado avergonzado.
El Poeta escribiendo.
Ariadna abandonada.
Tener zelos de sí mismo.
El Bueno y el Mal Amigo.
A España dieron blason las Asturias y Leon, ó Triunfos de D. Pelayo.
Dido Abandonada.
Siquis y Cupido, para tres personas.
El Ardid Militar.
Los Amantes de Teruel.
El Triunfo del Amor.
La Toma de Breslau.
El Pigmaleon, Tragedia.
La Moscovita sensible.
La Isabela.
Los Esclavos felices.
Los Hijos de Nadasti, en tres actos,
La Nina: Opera joco-seria, en tres actos.
El Montañes sabe bien, donde el zapato le aprieta. De Figuron en tres actos.
El Hombre Singular, ó Isabel primera de Rusia, en dos actos.
Anfriso y Belarda, ó el Amor sencillo, en un acto.
La Atenea, en un acto.
El Esplin, en un acto.